

Antiguo claustro San Agustín donde hoy se levantan unos parqueaderos, Calle 13 con 4. Fecha desconocida. Archivo del Parqueadero Santa Librada

PATRIMONIO ES LO QUE TENEMOS, NO LO QUE NOS QUEDA

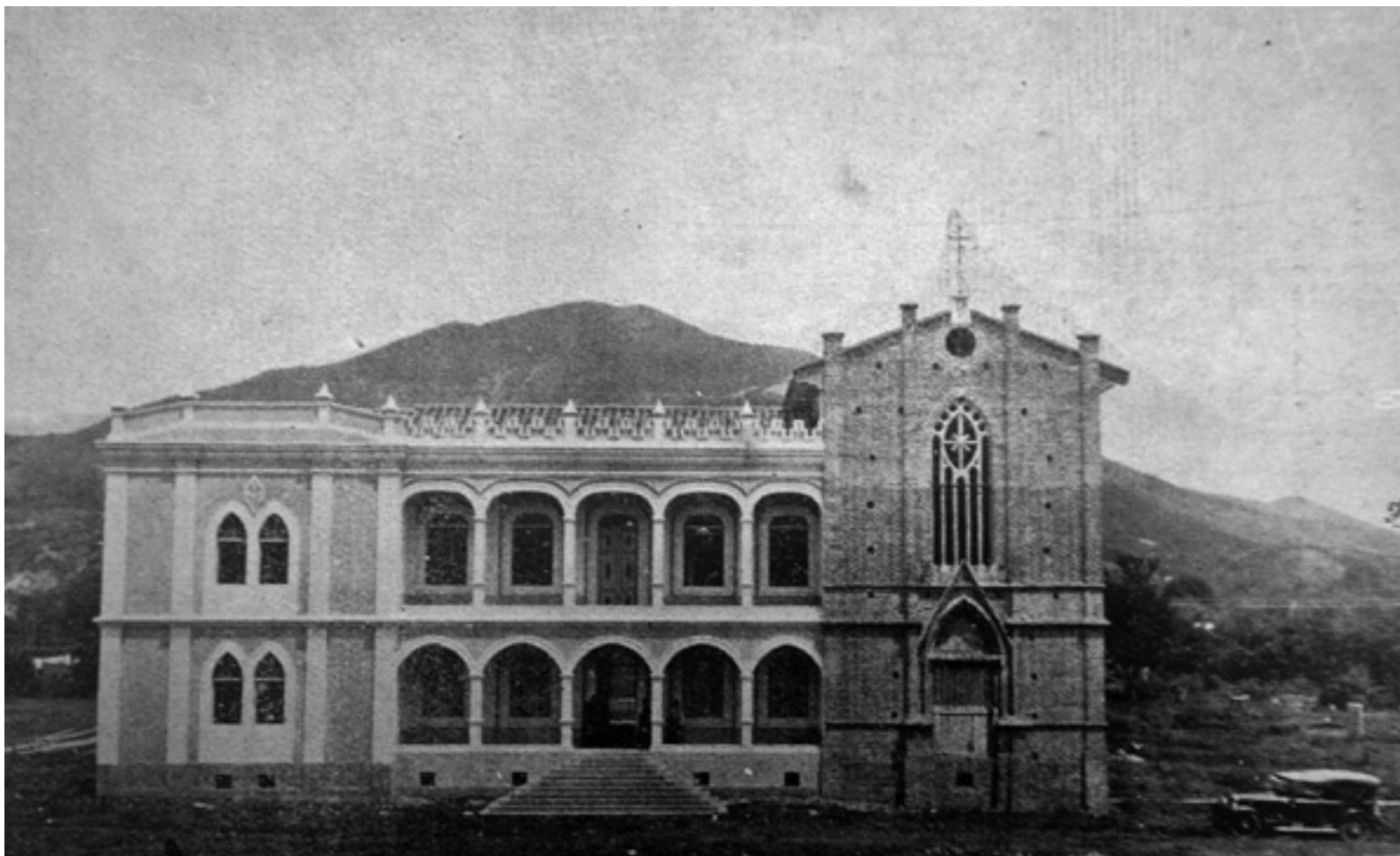


Este texto fue presentado el 23 de marzo de 2011 en el evento "Patrimonio en Cali". Índices, organizado por el Observatorio de Políticas Públicas POLIS y el Departamento de Humanidades de la Universidad Icesi, en el cual se confrontaron distintas visiones sobre el tema del patrimonio cultural: desde el derecho, la política pública, la antropología y la arquitectura.

Antes que nada debo precisar que escribo, no como un arquitecto sino como un ciudadano a quien le ha interesado la ciudad y ha profundizado en el estudio de sus transformaciones. Hablo desde la perspectiva de quien transita por Cali, extrañado a diario de lo que aquella fue y es, igualmente preocupado por lo que será. El tono, entre sermón y nostalgia, es motivado por varios factores: mi experiencia de recién "vuelto", de ciudadano, de transeúnte, de arquitecto, de humanista, de fotógrafo aficionado y, por supuesto, por mi antigua labor como docente de apreciación de arquitectura. Se trata de una doble vida, si se quiere; por un lado la formación de un público capaz de entender y disfrutar la arquitectura, por el otro, la paradoja que significa escribir obituarios de arquitectura de Cali.

Quienes me conocen saben que uno de mis pasatiempos consiste en hurgar en el *Panteón de la Memoria y del Olvido* para acometer tal empresa. Es una labor exigente valorar lo que se ha perdido y al mismo tiempo sugerir la importancia de lo que existe frente a lo que está por hacerse. Ello me ha permitido preguntarme en más de una ocasión si uno puede sentir nostalgia por algo que no ha vivido y que otros extrañan, como fue el caso del hotel Alférez Real, o desmarcarme de edificios que han sido parte de mi experiencia vital y que tratan de perdurar en la escritura para otros.

¿Por qué necesitamos el Partenón, las pirámides egipcias o mayas, la Gran Muralla China, los rascacielos de Nueva York, Macchu Picchu, San Pedro del Vaticano, las fortificaciones de Cartagena, Nuestra Señora de París o la Torre Eiffel? ¿O, más bien, casi toda París, el Capitolio Nacional, la Ermita, la plaza de Cayzedo o el Parque Panamericano? Porque nos recuerdan cosas, gratas o no. La definición de *monumento* así lo pone de manifiesto.



En esta página y siguiente: antiguo hospicio franciscano del Amparo, ubicado donde hoy se levanta el hotel Intercontinental. Extraída del libro de fray Manuel Siabato, *Restauración de la provincia franciscana de la Santa Fe de Colombia*, publicado en 1926

No obstante, no todo tiene que ser un monumento para acordarnos de algo. Pensamos en cosas que, estando lejos de nuestra tierra, nos hacen falta, como las galletas Salinas, los buñuelos, pandebonos y almojábanas, la lulada o el champús, las montañas que se echan de menos en Buenos Aires o en Bélgica, los impredecibles aguaceros torrenciales o la brisa marina de las cuatro de la tarde que viene del Pacífico y después de sortear las alturas de cordillera Occidental, descende para refrescar algunos sectores privilegiados de la ciudad.

Concentrémonos sin embargo en arquitectura. Me han pedido que escriba sobre los criterios requeridos para establecer el valor patrimonial de la arquitectura, con miras a garantizar su preservación. Quizá se le ha preguntado a la persona equivocada, por aquello que he mencionado sobre mi pasatiempo de escribir obituarios de edificios, pero empezaría diciendo que existen dos tipos de valores fundamentales para establecer la calidad patrimonial de una obra: históricos y estéticos. También hay valores colectivos, que serían aquellos en los que una cultura se ve reflejada en un determinado momento de su existencia, sobre todo por su capacidad de fijar en la memoria acontecimientos cruciales de nuestra vida y de la vida de otros que nos precedieron.

Patrimonio es una palabra que casi siempre se identifica con capital económico, pero también con antigüedad. Desafortunadamente nuestra noción de patrimonio, extendida a la arquitectura, nos ha llevado a la falsa creencia que sólo es digno de valor, y no siempre el más alto, aquello que parece encarnar el peso de lo antiguo. Nos negamos a reconocer el valor que tiene el que algo del pasado exista

«Nos negamos a reconocer el valor que tiene el que algo del pasado exista hoy, por más simple que sea tal idea»



hoy, por más simple que sea tal idea. Por otra parte, la legislación patrimonial colombiana no ha sido consecuente con nuestra falta de memoria histórica: más bien ha tenido poca consideración con el centro de la ciudad de Cali y con sus monumentos. La ley 163 de 1969, que creó los monumentos nacionales en Colombia, impulsó la sustitución de un patrimonio por otro al no declarar como monumento histórico el centro de la ciudad. La obligación de determinar qué era susceptible de preservación recayó en los municipios y como es costumbre, en Cali esto sólo se realizó muy tarde, hasta bien entrada la década de 1970, es decir, después de los Juegos Panamericanos. El daño ya estaba hecho.

Por los mismos años en que se estaba devolviendo la iglesia de la Merced a su pretendido aspecto colonial, se destruyó buena parte de las casas antiguas del centro, sustituyéndolas por las torres que ahora determinan su perfil urbano. También se demolieron algunos edificios de interés patrimonial, como el Gutiérrez Vélez

«Entre los principales damnificados de dicha actitud “progresista”, está el convento franciscano de Cali, cuyas primeras construcciones datan de mediados del siglo XVIII y que en buena parte fueron demolidas para favorecer las ampliaciones de las vías del centro entre las décadas de 1950 y 1970»

(sede del correo), el antiguo claustro de San Agustín (primera sede del Colegio de Santa Librada y luego de la Universidad del Valle) y el Batallón Pichincha, donde hoy se encuentra el CAM. Hoy ya no sabemos dónde quedaban Longchamp o Calipuerto, poco o nada nos dice oír del hipódromo de Versailles o del estadio de Galilea, de La Chanca, de Isabel Pérez, de los Tejares de San Fernando, de los Tejares de Santa Mónica, del hospicio de El Amparo o del Instituto Óscar Scarpetta, recientemente demolido para ampliar las instalaciones del Centro Médico Imbanaco. Cuento con que escasas personas seguirán con su memoria esta enumeración de edificaciones.

Entre los principales damnificados de dicha actitud «progresista», está el convento franciscano de Cali, cuyas primeras construcciones datan de mediados del siglo XVIII y que en buena parte fueron demolidas para favorecer las ampliaciones de las vías del centro entre las décadas de 1950 y 1970. Las modernizaciones allí realizadas, mezcladas con la nostalgia de un pasado ideal a añorar, en ocasiones llevaron a la creación de una falsa tradición:

la tradición de lo colonial modernizado. La historia del complejo franciscano de Cali ejemplifica esa predilección por el olvido del que sólo pueden rescatarnos la historia y su aliada, la memoria.

Por lo tanto, para que los entornos que nos rodean y en los cuales convivimos sean algo más que recuerdos habría que empezar por valorar la ciudad que se tiene. Decidir qué es lo que hay que preservar y por qué, comienza primero por aceptar lo que tenemos, antes que renegar de ello. Pero hay que decirlo, o será más difícil reconocerlo: Cali aspira a ser una ciudad de moda, con gente que quiere estar a la moda, que no guarda mayor interés por lo que hay sino por lo que habrá, y que luego, cuando ya no puede disfrutarlo más, irremediablemente añora lo que hubo.

Quizá nos falta aprender lo positivo de otras experiencias cercanas como la de Medellín, su «cultura Metro» y de su *Metrocable*. O entender que Cali no es una ciudad del Pacífico por decreto, sólo porque aquí se haga el festival de música del Pacífico “Petronio Álvarez”, cada vez más visible en la ciudad como estrategia de mercadeo electoral pero culturalmente menos relevante. Cali es una ciudad andina, de espaldas a su gente, que no ha entendido el valor que tiene, como colectivo, el ser tan distintos unos de otros, en aspecto y preferencias. Tal vez por ese pequeño pero fundamental olvido, cada quien hace lo que quiere y se *parrandea* la ciudad, en vez de comprenderla como es y disfrutar de vivirla, aunque a ratos no nos guste lo que hemos hecho con ella.

Como decía el escritor Gustave Flaubert, en *Madame Bovary*, «viajar nos hace más modestos». Pero eso no necesariamente implica conocer otros lugares, sino aceptar la posibilidad del extrañamiento, de tomar distancia ante la experiencia cotidiana del lugar donde se vive. Ser ciudadano en el sentido amplio de la expresión, respetar lo propio tanto como lo ajeno, es parte de ese viaje, un viaje al que tememos como sociedad. No podemos



Panorámica del Puente Ortiz. A la derecha se aprecia un fragmento del edificio Gutierrez Velez. Archivo Carlos Dussán C.

seguir asumiendo que la cultura de protección de lo público y de lo privado viene desde las políticas del gobierno municipal de turno. Debemos asumir una responsabilidad frente a nuestra ciudad; somos responsables de nuestra ciudad, como el *Principito* de Saint Exupéry lo era de su rosa. Cuando no queremos asumir esa obligación, nada nos cuesta dejar servidos en bandeja a la pica demolidora nuestros mejores recuerdos, hechos arquitectura, hechos ciudad, para seguir arrasando con nuestro patrimonio, despedazando nuestra memoria y engrosando las filas del Panteón del Olvido.

Erick Abdel Figueroa Pereira. Nacido en Cartagena de Indias (Colombia) en 1973, es caleño por cotidianidad. Bachiller del Colegio San Luis Gonzaga de Cali. Arquitecto, Licenciado en Filosofía, y candidato a Magister en Filosofía, Universidad del Valle. Candidato a Doctor en Arquitectura y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha sido docente de arquitectura en distintos intervalos en las universidades del Valle, de San Buenaventura Cali, Icesi y La Gran Colombia Seccional Armenia. Actualmente labora como profesor en la Universidad Icesi y en la Pontificia Universidad Javeriana de Cali.